

ESTEBAN CATALÁN  
TRAGAR VENENO

Sobre las alegrías, derrotas  
y otras extrañezas del fútbol

TUSQUETS  
EDITORES

# PRIMERA PARTE

Nosotros y los otros

## No hay mal que dure cien años

El día después del penal de Alexis que hizo a Chile campeón de América por primera vez, recibí un correo de un amigo con el que había perdido contacto en los últimos años. Este amigo, por lo general desencantado y de pocas palabras, escribía con emoción. Se alegraba por el futuro. En un momento de la carta preveía que esta felicidad, que llamaba “invisible y transversal”, iba a persistir en nosotros a lo largo del tiempo. Pero también cerraba con una frase de respeto por la inmensa crueldad de la que es capaz el mundo. “Seamos sinceros”, decía, “si perdíamos esta vez, si entraba esa de Higuaín en el minuto 94, ya no nos levantábamos nunca más”.

Yo, por entonces, estaba lejos del estadio, muy al norte, y había visto la final con Argentina como en trance. Solos con mi compañera, esperando que no se nos cayera la transmisión en el computador, habíamos acordado que cualquier vaga señal de optimismo atraería la mala suerte, que seríamos mufa (sin dejar de prestar atención, por supuesto, a la posibilidad de ser contramufa), y por lo tanto nos pasamos todo el partido, el alargue y también los penales, diciendo que no había por dónde, que no sigamos, que a este se le va a ir. Después del triunfo cami-

namos por horas la ciudad donde nos encontrábamos, atontados de la felicidad, hasta alcanzar una bahía y, cuando llegamos, en el cielo comenzaron a estallar fuegos artificiales rojos, blancos y azules, como cualquier otro 4 de julio.

Era un sueño. Pero poco después empezaron esos correos de vocación melancólica. Largos mensajes de amistades que se habían ido apagando sin reemplazo, quizá porque yo recién había cumplido los treinta y ya se hace difícil hacer amigos nuevos a esa altura (esta es una razón para ser escéptico de la historia de Jesucristo, capaz de hacer doce nuevos mejores amigos a los treinta y tres). La final de 2015, por la distancia, me trajo un puñado de correos que se ahorran cualquier preámbulo y pasaban a discutir directamente la esencia de lo que había cambiado. Porque algo parecía haber cambiado. No eran correos sobre ganar, sino lo que había provocado el hecho de ganar: la forma en que brotaban sanadas tristezas del pasado; las nuevas expectativas sobre el futuro. Mi amigo desencantado, que vio la final en la galerías del Estadio Nacional, lo resumió así: “no se sabe cómo reaccionar con una sensación así, hermosa y desconocida”. Durante algunos días todos nos dedicamos a ver una y otra vez la repetición de los penales, o incluso el partido entero, que se echa unas buenas tres horas: Chile y Argentina salen a la cancha a todo sol y en la coronación ya es por completo de noche. Pero apenas unas semanas después otro amigo lamentó que toda la alegría de ser campeón de América ya fuera, en su opinión, “parte del pasado” e incluso muestra irrefutable, dijo, de la incompletitud del deseo. Al final, derrotado, escribía: “Me imagino que si uno pu-

siera como sueño de su vida estar, digamos, con Britney Spears, y lo lograra, al despedirse y al tomar la micro de vuelta a la casa ya se sentiría decepcionado”.

\*

Se sabe que ganar es un accidente, en el fútbol y en cualquier cosa, y que lo importante, por lo tanto, no es si se obtiene un triunfo o una derrota, como diría Bielsa, sino la nobleza de los recursos utilizados, pero el seleccionado nacional ciertamente llevó las cosas a un extremo.

El 2 de julio de 1916 los combinados de Uruguay y Chile partieron desde cero sus registros oficiales en el primer partido de la historia de la Copa América, entonces Campeonato Sudamericano, un torneo que fundaron junto a otras dos jóvenes naciones, los Estados Unidos del Brasil y la República Argentina. Uruguay ganó ese partido, el torneo y, poco después, sus primeros títulos olímpicos y mundiales. Chile, por el contrario, tardó veinte partidos y diez años en lograr su primer triunfo oficial, recién en 1926 ante Bolivia, siempre a la sombra de los grandes sudamericanos, que coleccionaban triunfos en las Copas del Mundo y dominaban el continente. Pero a poco andar también se coronaron en la Copa América Perú, el histórico rival chileno, en 1939 y 1975; Paraguay, en 1953 y 1979; Bolivia, en 1963; y Colombia, ya en 2001. Solo Ecuador y la históricamente débil Venezuela se mantuvieron junto a los chilenos en el fondo del casillero. La constante de no ganar alimentó una narrativa nacional de sufrimiento, de injusticias, tragedias deportivas y de las otras. Si Higuaín metía esa en el minuto

94, escribió mi amigo, no nos levantábamos nunca más, y ese nosotros estaba plagado de recuerdos personales, de nuestros abuelos con sus propios padres en el Estadio Nacional el último partido del Sudamericano de 1955, cuando Chile y Argentina llegaron empatados en puntos y la albiceleste triunfó en una tarde de tragedia que terminó con seis muertos y medio millar de heridos ante una avalancha humana que intentó ingresar al estadio. O padres adolescentes viendo a la selección de 1979 con Elías Figueroa y Carlos Caszely perder la final con Paraguay por diferencia de goles, o por la cuenta mínima con Uruguay en 1987 después de darle un baile a Brasil por 4-0 en Córdoba. Hasta ese año 2015, hasta el instante previo a aquel penal de Alexis, la Roja masculina había jugado 36 copas América adultas, 12 sudamericanos sub-23, 27 sub-20, 15 sub-17 y 6 sudamericanos sub-15. En total fueron 96 intentos de ser campeón de algo sin lograrlo.

Pero no hay mal que dure cien años, ni tonto que lo aguante, y Chile se plegó a esta idea con entusiasmo, quizá con demasiado fervor, y se demoró noventa y nueve años y tres días en lograr su primer título, esa alegría transversal, invisible.

Recién iniciado el 2006, Alexis Sánchez era una mezcla de determinación, timidez y humildad poco común para su edad, figura de Cobreloa y debutante en la Copa Libertadores a los dieciséis años. Ese verano se detuvo a medio camino de camarines en Juan Pinto Durán para responder una entrevista en una ráfaga de cincuenta segundos. ¿Los compañeros? “Son todos buenas personas, todos me abrieron sus puertas”. ¿El técnico, Nelson Acosta? “El me hizo debutar allá en Calama y me llevo bien con él. Buena persona también”. ¿Cómo ves tu futuro, Alexis? “Hay gente que me dice que puedo llegar lejos y eso es lo que quiero yo, pero tranquilo nomás, que no se me suban los humos a la cabeza y darle con todo, porque me dicen que tengo mucho futuro”. ¿Cuál es tu sueño en el fútbol? “Me gustaría jugar en un equipo grande, como Real Madrid o Barcelona”. ¿Qué te dicen en tu casa? “En mi familia están muy contentos con todo esto, estoy bien felicitado, pero les dije que estén tranquilos, porque esto recién empieza”.

Nunca hubo dudas de la calidad de Alexis, pero cuando se embarcó al Mundial sub-20 de Canadá un año después y dijo “quiero ser campeón del mundo”, abundaron

en el ambiente las risas y las frases autoflagelantes. Eso y las burlas, algunas casuales y otras clasistas, al “ahí quedó Brasil, ahí quedó Brasil” de un jovencísimo Arturo Vidal después de un empate agónico con la *verdeamarela*. Para una generación criada bajo una cultura futbolera derrotista, con el hito del tercer lugar en el Mundial de 1962 demasiado añejo, una declaración de ese tipo se hizo difícil de asimilar. El equipo dirigido por José Sulantay, por cierto, no ganó el torneo. Cayó 3-0 en semifinales ante la Argentina de Ángel Di María y el Kun Agüero, una generación que se veía mil veces las caras con los chilenos a lo largo de los años venideros. Ya por entonces, el propio Alexis, Vidal y Gary Medel mostraron una personalidad inusual para lo acostumbrado. El equipo acabó en el podio después de ganar a Austria en el partido por el tercer lugar y pasó lo impensable: los jugadores se declararon insatisfechos.

Ese mismo 2007 el argentino Marcelo Bielsa tomó los destinos de la selección adulta y, tras un inicio tambaleante en las clasificatorias del Mundial de Sudáfrica, terminó por convertir a Chile en una selección ofensiva, efectiva y, cosa pocas veces antes vista, poderosa fuera de casa, con una columna vertebral que permanecería por años con Claudio Bravo y Charles Aránguiz sumándose a la estructura de la sub-20 de Sulantay. A media clasificatoria, tras superar un pobre arranque que incluyó un 0-3 ante Paraguay de local, Chile se convirtió en un equipo intratable que interpretaba al pie de la letra la idea de su entrenador, que daba conferencias de dos horas para explicar que existen treinta y seis formas posibles de pases o cómo el éxito consume y desvanece o cómo cualquier



alegría que pudiera dar el fútbol no es sustitutiva de las necesidades del pueblo. La única celebración desatada de Bielsa ocurrió en la octava fecha, tras el gol que determinó el 4-0 sobre Colombia: extrajo Vidal cerca del círculo central y se la dejó a Marco Estrada, que lanzó un pase largo hacia Mark González. El puntero la hizo pasar entre las piernas de Perea, amagó hacia dentro y tocó con Vidal, que había recorrido media cancha en tres segundos. El Rey la tocó atrás, un poco a lo Pelé en la final de México 70 y Matías Fernández apareció a lo Carlos Alberto, como una tromba, para clavarla en la esquina del arco colombiano. Bielsa alzó primero las dos manos al cielo, un momento de fervor absoluto, y luego la izquierda empuñada dos veces. Una alegría proporcional al evento, quizá el primer esplendor absoluto del juego bajo su mando en Chile. Muchos otros goles y triunfos, mientras los demás nos partíamos de alegría, el rosarino celebró de forma discreta y continuó caminando con parsimonia. Como si nada de lo que estaba pasando, surrealista a nuestros ojos, representara sorpresa alguna en su inescrutable mente.

\*

Aquellas clasificatorias Chile ganó por dos goles de diferencia en Lima, Asunción, Medellín y se impuso por primera vez a Argentina por los puntos después de noventa y dos años de intentarlo sin éxito. El equipo quedó solo por detrás de Brasil en la tabla final de las clasificatorias, pasó la fase de grupos en Sudáfrica con triunfos ante Honduras y Suiza y fue eliminado en octavos de final

con facilidad a manos del Scratch (3-0). Esta vez, en los medios abundó una mezcla de autocomplacencia y alegría, de moderado orgullo ante las alabanzas que provenían de otras partes del mundo. Johan Cruyff llegó a comparar al equipo chileno con la Naranja Mecánica. “Quizás nunca pudimos llevarnos el premio principal, pero todo el mundo hablaba de nosotros. Chile nos ha quitado ese papel”, fueron las palabras del neerlandés. Al regresar, Alexis volvió a declararse insatisfecho con el resultado. Y los hinchas más jóvenes empezaron a encontrarle la razón.

El cambio de paradigma pareció llegar también a nivel de clubes. Veinte años después del primer título internacional logrado por un club chileno —la Copa Libertadores de 1991 de aquel Colo-Colo de Mirko Jozic, Barticciotto y el Chano Garrido—, la Universidad de Chile se impuso en la Copa Sudamericana de 2011 con un juego brillante bajo el mandato del argentino Jorge Sampaoli. A él se le encargaron los destinos de la selección después de que Claudio Borghi tropezara en medio de las clasificatorias del Mundial de Brasil. Trabajólico y obsesivo, aficionado a trotar escuchando las conferencias de prensa de Bielsa, Sampaoli enderezó al equipo a tiempo para meterlo al Mundial, barrer con España en el Maracaná en un partido perfecto y plantarse en octavos ante el gigante brasileño en un encuentro donde los locales abrieron la cuenta con un autogol de Gonzalo Jara y Alexis empató para amenazar con la mayor hazaña posible. Al minuto 119 el horizontal escupió un tiro de Mauricio Pinilla que significaba el paso de Chile, el fin de las sombras, el cambio de paradigma. Los dos equipos

estallaron en llanto tras la definición a penales, y los chilenos, otra vez fuera, prometieron que ganarían la Copa América del año siguiente.

El resto fue una ráfaga: 2015 y 2016 trajeron dos títulos continentales contra la Argentina de Messi, un dominio tan inesperado que empujó al astro argentino a una breve renuncia a volver a representar a su selección. Con Brasil todavía en reconstrucción después de su propio desastre en el Mineirão, Chile superó a los argentinos después de sacar del camino, primero, a la Uruguay de Suárez y Cavani y, un año después, a la Colombia de James Rodríguez tras demoler a México por siete goles a cero ante unos sesenta mil hinchas del Tri en California. Al levantar la Copa América en Nueva Jersey en 2016, el seleccionado obtuvo dos veces en once meses lo que no había logrado en un siglo. Hubo espacio todavía para eliminar a la Portugal de Cristiano Ronaldo en las semifinales de la Copa Confederaciones de 2017 con Claudio Bravo atajando todos los penales que le tiraron (tres), algo nunca antes visto en una competición internacional. El equipo de Juan Antonio Pizzi, finalmente, perdió esa final ante Alemania tras un error del siempre confiable Marcelo Díaz. El ranking FIFA situaba a la Roja constantemente como el tercer mejor equipo del mundo, aunque no pocos observadores foráneos se animaban a colocarlo un poco más arriba.

No tiene sentido detenerse demasiado en estos episodios de gloria. Hay momentos, como la final del Mundial del 22, en que el fútbol mismo supera a lo que puede escribirse sobre él. “Ganó la literatura”, fue uno de los títulos de *El País* de España luego de la titánica final de Mes-

si y Mbappé. Igualmente sucedió con Chile por aquel entonces, al mismo tiempo dominador en definiciones envidiado por bilardistas y purista de la belleza alabado por Cruyff, un Chile que estuvo muy cerca de ser un círculo perfecto, absoluto, un círculo que cierra, que acaba de alcanzar su máximo sentido y, por lo tanto, deja por completo de ser interesante.